

John Pilger

Silenciar a los corderos: cómo funciona la propaganda

En la década de 1970 conocí a una de las principales propagandistas de Hitler, Leni Riefenstahl, cuyas películas épicas glorificaban a los nazis. Nos alojábamos en el mismo albergue en Kenia, donde ella estaba en una tarea de fotografía, después de haber escapado del destino de otros amigos del Führer.

Me dijo que los “mensajes patrióticos” de sus películas no dependían de “órdenes de arriba”, sino de lo que ella llamaba el “vacío sumiso” del público alemán.

¿Eso incluía a la burguesía liberal y educada? Yo pregunté. “Sí, especialmente ellos”, dijo.

Pienso en esto mientras observo la propaganda que ahora consume a las sociedades occidentales.

Por supuesto, somos muy diferentes de la Alemania de los años treinta. Vivimos en sociedades de la información. Somos globalistas. Nunca hemos estado más conscientes, más en contacto, mejor conectados.

¿O vivimos en Occidente en una Sociedad de Medios donde el lavado de cerebro es insidioso e implacable, y la percepción se filtra de acuerdo con las necesidades y mentiras del poder estatal y corporativo?

Estados Unidos domina los medios de comunicación del mundo occidental. Todas menos una de las 10 principales empresas de medios tienen su sede en América del Norte. Internet y las redes sociales (Google, Twitter, Facebook) son en su mayoría de propiedad y control estadounidenses.

Durante mi vida, Estados Unidos ha derrocado o intentado derrocar a más de 50 gobiernos, en su mayoría democracias. Ha interferido en elecciones democráticas en 30 países. Ha lanzado bombas sobre la población de 30 países, la mayoría de ellos pobres e indefensos. Ha intentado asesinar a los líderes de 50 países. Ha luchado para suprimir los movimientos de liberación en 20 países.

El alcance y la escala de esta carnicería en gran medida no se informa, no se reconoce, y los responsables continúan dominando la vida política angloamericana.

Harold Pinter rompió el silencio

En los años previos a su muerte en 2008, el dramaturgo Harold Pinter pronunció dos discursos extraordinarios, que rompieron un silencio.

“La política exterior de Estados Unidos —dijo— se define mejor de la siguiente manera: bésame el culo o te pateo la cabeza. Es tan simple y tan crudo como eso. Lo interesante de esto es que es tan increíblemente exitoso. Posee las estructuras de desinformación, uso de la retórica,

distorsión del lenguaje, que son muy persuasivas, pero en realidad son una sarta de mentiras. Es una propaganda muy exitosa. Tienen el dinero, tienen la tecnología, tienen todos los medios para salirse con la suya, y lo hacen”.

Al aceptar el Premio Nobel de Literatura, Pinter dijo esto: “Los crímenes de los Estados Unidos han sido sistemáticos, constantes, atroces, despiadados, pero muy pocas personas realmente han hablado de ellos. Tienes que dárselo a América. Ha ejercido una manipulación bastante clínica del poder en todo el mundo mientras se hace pasar por una fuerza para el bien universal. Es un acto de hipnosis brillante, incluso ingenioso y muy exitoso”.

Pinter era un amigo mío y posiblemente el último gran sabio político, es decir, antes de que la política disidente fuera aburguesada. Le pregunté si la “hipnosis” a la que se refería era el “vacío sumiso” descrito por Leni Riefenstahl.

“Es lo mismo”, respondió. “Significa que el lavado de cerebro es tan completo que estamos programados para tragarnos un montón de mentiras. Si no reconocemos la propaganda, podemos aceptarla como normal y creerla. Ese es el vacío sumiso”.

En nuestros sistemas de democracia corporativa, la guerra es una necesidad económica, la unión perfecta de subsidio público y ganancia privada: socialismo para los ricos, capitalismo para los pobres. El día después del 11 de septiembre, los precios de las acciones de la industria bélica se dispararon. Se avecinaba más derramamiento de sangre, lo cual es excelente para los negocios.

Hoy, las guerras más rentables tienen su propia marca. Se llaman “guerras eternas”: Afganistán, Palestina, Irak, Libia, Yemen y ahora Ucrania. Todos están basados ??en una sarta de mentiras.

Irak es el más infame, con sus armas de destrucción masiva que no existían. La destrucción de Libia por parte de la OTAN en 2011 se justificó por una masacre en Bengasi que no sucedió. Afganistán fue una guerra de venganza conveniente por el 11 de septiembre, que no tuvo nada que ver con el pueblo de Afganistán.

Hoy, las noticias de Afganistán son cuán malvados son los talibanes, no que el robo de \$7 mil millones de las reservas bancarias del país por parte del presidente estadounidense Joe Biden esté causando un sufrimiento generalizado. Recientemente, National Public Radio en Washington dedicó dos horas a Afganistán y 30 segundos a su gente hambrienta.

En su cumbre en Madrid en junio, la OTAN, controlada por Estados Unidos, adoptó un documento de estrategia que militariza el continente europeo y aumenta la perspectiva de guerra con Rusia y China. Propone “combates de múltiples dominios contra competidores con armas nucleares”. En otras palabras, la guerra nuclear.

Dice: “La ampliación de la OTAN ha sido un éxito histórico”.

Lo leí con incredulidad.

Las noticias de la guerra en Ucrania en su mayoría no son noticias, sino una letanía unilateral de jingoísmo, distorsión y omisión. He informado de varias guerras y nunca he conocido una propaganda tan general.

En febrero, Rusia invadió Ucrania como respuesta a casi ocho años de asesinatos y destrucción criminal en la región de habla rusa de Dombás en su frontera.

En 2014, Estados Unidos patrocinó un golpe de Estado en Kiev que eliminó al presidente ucraniano elegido democráticamente y amigo de Rusia e instaló a un sucesor que los estadounidenses dejaron claro que era su hombre.

En los últimos años, se han instalado misiles “defensores” estadounidenses en Europa del Este, Polonia, Eslovenia, la República Checa, casi con certeza dirigidos a Rusia, acompañados de falsas garantías que se remontan a la “promesa” de James Baker al líder soviético Mijaíl Gorbachov en febrero de 1990 que la OTAN nunca se expandiría más allá de Alemania.

La OTAN en la frontera de Hitler

Ucrania es la primera línea. La OTAN ha llegado efectivamente a la misma frontera a través de la cual el ejército de Hitler irrumpió en 1941, dejando más de 23 millones de muertos en la Unión Soviética.

En diciembre pasado, Rusia propuso un plan de seguridad de gran alcance para Europa. Esto fue descartado, ridiculizado o suprimido en los medios occidentales. ¿Quién leyó sus propuestas paso a paso? El 24 de febrero, el presidente Volodímir Zelenski amenazó con desarrollar armas nucleares a menos que Estados Unidos armara y protegiera a Ucrania.

El mismo día, Rusia invadió, un acto no provocado de infamia congénita, según los medios occidentales. La historia, las mentiras, las propuestas de paz, los acuerdos solemnes sobre Donbass en Minsk no contaron para nada.

El 25 de abril, el secretario de Defensa de EE. UU., Lloyd Austin, voló a Kiev y confirmó que el objetivo de Estados Unidos era destruir la Federación Rusa; la palabra que usó fue “debilitar”. Estados Unidos había obtenido la guerra que quería, librada por un representante estadounidense financiado y armado y un peón prescindible.

Casi nada de esto fue explicado a las audiencias occidentales.

La invasión rusa de Ucrania es desenfundada e inexcusable. Es un crimen invadir un país soberano. No hay “peros”, excepto uno.

¿Cuándo comenzó la guerra actual en Ucrania y quién la inició? Según Naciones Unidas, entre 2014 y este año, unas 14.000 personas han muerto en la guerra civil del régimen de Kiev en el Dombás. Muchos de los ataques fueron llevados a cabo por neonazis.

En el mismo mes, decenas de personas de habla rusa fueron quemadas vivas o asfixiadas en un edificio sindical en Odesa asediado por matones fascistas, los seguidores del colaborador nazi y fanático antisemita Stepan Bandera. El New York Times llamó a los matones “nacionalistas”.

“La misión histórica de nuestra nación en este momento crítico”, dijo Andreiy Biletsky, fundador del Batallón Azov, “es liderar a las Razas Blancas del mundo en una cruzada final por su supervivencia, una cruzada contra los *Untermenschen* dirigidos por los semitas.”

Desde febrero, una campaña de autodenominados “monitores de noticias” (en su mayoría financiados por estadounidenses y británicos con vínculos con los gobiernos) ha tratado de mantener el absurdo de que los neonazis de Ucrania no existen.

La aerografía, una vez asociada con las purgas de Stalin, se ha convertido en una herramienta del periodismo convencional.

En menos de una década, una China “buena” ha sido retocada y una China “mala” la ha reemplazado: del taller del mundo a un nuevo Satanás en ciernes.

Gran parte de esta propaganda se origina en los EE. UU. y se transmite a través de representantes y “grupos de expertos”, como el notorio Instituto Australiano de Política Estratégica, la voz de la industria armamentística, y por periodistas como Peter Hartcher de *The Sydney Morning Herald*, quien ha etiquetado a quienes difunden la influencia china como “ratas, moscas, mosquitos y gorriones” y sugirió que estas “plagas” sean “erradicadas”.

Las noticias sobre China en Occidente se refieren casi exclusivamente a la amenaza de Pekín. Están retocadas las 400 bases militares estadounidenses que rodean la mayor parte de China, un collar armado que se extiende desde Australia hasta el Pacífico y el sudeste de Asia, Japón y Corea. La isla japonesa de Okinawa y la isla coreana de Jeju son como armas cargadas que apuntan a quemarropa al corazón industrial de China. Un funcionario del Pentágono describió esto como una “soga”.

Palestina ha sido mal informada desde que tengo memoria. Para la BBC, existe el “conflicto” de “dos narrativas”. La ocupación militar más larga, brutal y sin ley de los tiempos modernos es inmencionable.

El pueblo afectado de Yemen apenas existe. Son personas mediáticas. Mientras los saudíes hacen llover sus bombas de racimo estadounidenses con asesores británicos que trabajan junto con los oficiales sauditas, más de medio millón de niños se enfrentan al hambre.

Este lavado de cerebro por omisión no es nuevo. La matanza de la Primera Guerra Mundial fue reprimida por reporteros a los que se les otorgó el título de caballero por su cumplimiento. En 1917, el editor de *The Manchester Guardian*, C. P. Scott, confió al primer ministro Lloyd George: “Si la gente realmente supiera [la verdad], la guerra se detendría mañana, pero no saben ni pueden saber”.

La negativa a ver a las personas y los eventos como los ven los de otros países es un virus mediático en Occidente, tan debilitante como el covid. Es como si viéramos el mundo a través de un espejo unidireccional, en el que “nosotros” somos morales y benignos y “ellos” no lo son. Es una visión profundamente imperial.

La historia que es una presencia viva en China y Rusia rara vez se explica y rara vez se comprende. Vladímir Putin es Adolf Hitler. Xi Jinping es Fu Man Chu. Apenas se conocen logros

épicos, como la erradicación de la pobreza extrema en China. Qué perverso y sórdido es esto.

¿Cuándo nos permitiremos comprender? Formar a los periodistas al estilo de fábrica no es la respuesta. Tampoco lo es la maravillosa herramienta digital, que es un medio, no un fin, como la máquina de escribir de un dedo y la linotipia.

En los últimos años, algunos de los mejores periodistas se han alejado de la corriente principal. “Defenestrado” es la palabra utilizada. Los espacios que alguna vez se abrieron a los inconformistas, a los periodistas que iban contra la corriente, a los que decían la verdad, se han cerrado.

El caso de Julian Assange es el más impactante. Cuando Julian y WikiLeaks pudieron ganar lectores y premios para The Guardian, The New York Times y otros “documentos de registro” importantes, se celebró.

Cuando el estado oscuro se opuso y exigió la destrucción de los discos duros y el asesinato del personaje de Julian, se convirtió en enemigo público. El vicepresidente Joe Biden lo comparó con un “terrorista de alta tecnología”. Hillary Clinton preguntó: “¿No podemos simplemente engañar a este tipo?”

La subsiguiente campaña de abuso y vilipendio contra Julian Assange —el relator de la ONU sobre la tortura lo llamó “mobbing”— llevó a la prensa liberal a su punto más bajo. Sabemos quiénes son. Pienso en ellos como colaboradores: como periodistas de Vichy.

¿Cuándo se levantarán los verdaderos periodistas? Ya existe un *samizdat* inspirador en Internet: Consortium News, fundado por el gran reportero Robert Parry, The Grayzone de Max Blumenthal, Mint Press News, Media Lens, DeclassifiedUK, Alborada, Electronic Intifada, WSWS, ZNet, ICH, CounterPunch, Independent Australia, el trabajo de Chris Hedges, Patrick Lawrence, Jonathan Cook, Diana Johnstone, Caitlin Johnstone y otros que me perdonarán por no mencionarlos aquí.

¿Y cuándo se levantarán los escritores, como lo hicieron contra el ascenso del fascismo en la década de 1930? ¿Cuándo se levantarán los cineastas, como lo hicieron contra la Guerra Fría en la década de 1940? ¿Cuándo se levantarán los satíricos, como lo hicieron hace una generación?

Habiendo empapado durante 82 años en un baño profundo de justicia que es la versión oficial de la última guerra mundial, ¿no es hora de que aquellos que deben mantener las cosas claras declaren su independencia y decodifiquen la propaganda? La urgencia es mayor que nunca.

[Fuente: [Rebelión](#). John Pilger ha ganado dos veces el premio más importante de Gran Bretaña para el periodismo y ha sido Reportero Internacional del Año, Reportero de Noticias del Año y Escritor Descriptivo del Año. Ha realizado 61 documentales y ha ganado un Emmy, un BAFTA y el premio de la Royal Television Society. Su *Cambodia Year Zero* es nombrada como una de las diez películas más importantes del siglo XX. Puede ser contactado en www.johnpilger.com. Fuente original en inglés: «JOHN PILGER: Silencing the Lambs — How Propaganda Works»]